

ESPIRITUALIDAD IGNACIANA - LA UNIÓN CON DIOS

2ª Meditación: Cómo unir mi voluntad con la de Dios

Se ha dicho de san Ignacio que fue un genio de la acción... por eso aquí veremos cómo conocer la Voluntad de Dios y así unirnos con Él.

Inteligencia y *sentimiento* hay que extraerlos de la meditación de lo que hemos dicho; la práctica es como sigue:

1º Saber en cada caso cuál es la voluntad de Dios. Se sabe por lo ordenado y lo prohibido, por la obediencia, por lo que uno se ha propuesto rectamente con prudente elección.

- Conocer los mandamientos.

Consejo de David a Salomón y sus descendientes: *«guardad y estudiad todos los mandamientos del Señor Dios nuestro, a fin de que poseáis esta buena tierra, y la dejéis a vuestros hijos en herencia perpetua».* **(1Cro 28,8)**

«¡Ojalá hubieras atendido mis mandamientos! entonces tu paz sería como un río, y tu justicia como las olas del mar. Tu descendencia sería como la arena, y como sus granitos el fruto de tus entrañas. No sería cortado ni destruido delante de Mí tu nombre»¹. (Is 48, 18)

- Conocer los deberes de estado.

«Persiste en tu pacto, y de éste trata, y acaba tus días cumpliendo con aquello que te está mandado². No fijas tu consideración en las obras de los pecadores; confía en Dios, y mantente en tu puesto³». **(Si 11)**

- La obediencia...

Además del recurso a Dios, su salvación fue la obediencia a sus superiores. La carta ignaciana de la obediencia se hizo letra viva en el Beato Fabro.

Obediencia la suya que llegó al heroísmo. Cuentan que, al salir de Barcelona con el cuerpo enfermo, a quien le disuadía de emprender semejante viaje le respondió: *«No es necesario que yo viva, pero es necesario que obedezca».* Y por obediencia murió, a semejanza de Jesucristo. (vida brevísima de San Pedro Fabro, orden recibida por carta, murió en ese viaje; el que se lo mandaba era el mismo Sumo Pontífice).

¹ Lamento del amor despreciado, semejante al de Jesús en Juan 5, 40. Véase Tobías 12, 10 y nota. «Lo que proporciona la paz, dice San León, es querer lo que Dios manda, y no querer lo que Él prohíbe».

² *En tu pacto*: en tu condición y vocación, sin inquietarte por las novedades. Jesús vivió treinta años en el taller de Nazaret. Otros traducen: en tu alianza (con Dios). Véase Salmo 1, 2 y nota.

³ *Confía en Dios*: es el tema predilecto del Rey Profeta. Véase sobre todo los Salmos 22 y 36 con sus notas.

- Los propósitos...

«Mantente firme en el camino del Señor»⁴. (Si 5,12)

Firmeza en el propósito de enmienda.

«Muchos, asimismo, de los que habían practicado artes mágicas, traían los libros y los quemaban en presencia de todos. Y se calculó su valor en cincuenta mil monedas de plata». (Hch 19, 19)

«Las resoluciones del hombre sensato no serán alteradas por el miedo en ningún tiempo». (Si 22, 20)

Sor Consolota le dijo al Señor: «Señor, todos los días te digo que voy a cambiar y no cambio» y el Señor le respondió: «Consolata, yo tampoco cambio».

2º Acostumbrarse a mirar el valor de las obras únicamente por lo que tienen de voluntad divina o complacencia. Esto supone un espíritu atento y una continua abnegación de otras miras.

Atesorad tesoros en el cielo... ¿Dónde está mi tesoro/alegría?...

3º Querer en cada caso sentir íntimamente el gozo de darle un gusto más a nuestro amado Dios.

Ser sacerdote para hacer feliz a Dios (Libro: *Sacerdote para siempre* - P. ÁNGEL PEÑA O.A.R)

Conozco personalmente a un sacerdote que me decía que él se había hecho sacerdote para hacer feliz a Dios. Un día estaba paseando frente a la iglesia parroquial, cuando vio a un joven que recogía papeles y botellas de la basura que dejaban los vecinos en la puerta de sus casas. Y para entrar en conversación con él, se acercó a saludarlo y le invitó a un pastel que había comprado minutos antes. En ese preciso momento, como un relámpago, tuvo la intuición clara de que Dios le sonreía y se sentía feliz por aquella acción. Comprendió, con una luz sobrenatural especial, que valía la pena vivir para hacer feliz a Dios.

Desde entonces, procura vivir su sacerdocio haciendo feliz a Dios, haciendo felices a los demás. Y, por otra parte, celebra cada día la misa por amor a Dios y para gloria de Dios, y se ofrece con Jesús por la salvación del mundo. Ahora comprende que ser sacerdote es algo tan grande y hermoso que vale la pena renunciar al mundo entero con tal de hacer feliz a Dios y, a la vez, hacer el bien a todo el universo y a la humanidad entera. Para él, ser sacerdote es hacer feliz a Dios. Y Dios, que no se deja ganar en generosidad, lo hace un sacerdote feliz. ¿Estás tú dispuesto a hacer feliz a tu Dios y Señor?

Obsérvese cómo esto hecho con *inteligencia*, con *sentimiento*, con *esfuerzo* –no hay otro modo de hacerlo– comporta un florecimiento maravilloso de virtudes: renuncia a todo, humildad, paz interior, dulzura... sobre todo amor.

Y en la práctica, un tiempo se ha de buscar el gusto por una de estas virtudes, y después otra, para ayudar a nuestra debilidad e inconstancia. Y no será nada extraño, que por este camino se llegue alguna vez a saborear lo que san Ignacio llama «la infinita suavidad y dulzura

⁴ En griego: Sé firme en tu convicción.

de la divinidad» y como dice el mismo santo «amar a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Él».

Se habla mucho de *la presencia de Dios*. Este ejercicio, si se funda en imaginaciones de figuras, no creo que pueda durar mucho, y para muchos será absolutamente imposible. Creo que los santos tenían esta gracia por alta *inteligencia* y por íntimo *sentimiento* sobrenatural. El camino para llegar parece que ha de basarse en el *esfuerzo racional y amoroso* para encontrar a Dios en todas las cosas y la manera más fácil y segura *es hallar su voluntad*. Quien tiene la voluntad de Dios, tiene a Dios mismo, porque en Dios no existen partes ni diferencias, y tiene a Dios en su aspecto de más fuerza y de más suavidad, de la manera más humana que es la del enamoramiento y entrega de las voluntades. Esto no fatiga la mente, no comporta peligros de una virtud ilusa, esto se empareja y liga admirablemente con el cuidado más exquisito de hacer bien y perfectamente todo, da una mezcla de perfección divina y humana que es el ideal máximo de toda vida.

Esta es también la manera de *no turbarse por las cosas*. Entre el afán que tiene nuestro pobre corazón, porque necesita muchas cosas, y la imperfección de las pobres cosas externas que, limitadas como son, no pueden satisfacer; resulta que en el buscar y tocar las cosas, nos turbamos miserablemente. A veces porque no logramos el fin pretendido, a veces porque encontramos el mal donde esperábamos encontrar el bien, a veces porque hemos de dejar lo que querríamos y tomar lo que no nos place y siempre porque por un lado o por otro resultamos engañados y nunca tenemos la paz en lo que hacemos.

Buscar la voluntad de Dios en toda acción cura radicalmente todas estas turbulencias. Viene la *indiferencia* respecto a las acciones; como que en todas puede estar la voluntad de Dios, para mí todas saben igual, aunque naturalmente sean de lo más diversas e incluso contrarias; todas tienen el mismo valor de divinidad, por encima de los pequeños valores naturales que les corresponden. Pues busco esto y no reparo mucho en las otras, tengo paz.

Para mí, *todas las acciones salen (resultan) bien*, aunque me parezca que salen mal. Podrá ser que no logre el fin propio inmediato de cada cosa (que yo también buscaba, porque he de querer hacerlo todo bien); pero por encima de todos estos fines secundarios yo tengo uno mucho más sublime que es el de complacer a Dios; y que se puede lograr tanto si la cosa sale bien como si sale mal, mientras no sea mía la culpa; resulta así que siempre logro el fin mío principal en todas las acciones, y por eso, todas me salen bien. Y por el mismo motivo se puede decir que antes de empezar la acción, ya la tengo terminada porque aquel amor, que es mi objetivo, yo lo tengo antes de ponerme manos a la obra. Entonces que me quiten la obra que estaba haciendo, que me la hagan dejar a medias, que me la malinterpreten si quieren, todo me da lo mismo porque yo ya hace tiempo que había llegado al término de la misma.

P. Hurtado: texto sobre la resurrección

«No son los mayores apóstoles los de más fachada; ni los mejores éxitos los de más apariencias. En la acción cristiana hay ¡el éxito de los fracasos! ¡Los triunfos tardíos!(...)»

Un fracaso completo aceptado de buen grado, más éxito sobrenatural que todos los triunfos. Sembrar sin preocuparse de lo que saldrá. No cansarse de sembrar. Dar gracias a Dios de los frutos apostólicos de mis fracasos. Cuando Cristo habló al joven, fracasó, pero, cuántos han

escuchado la lección; y ante la Eucaristía, huyeron, pero ¡cuántos han venido después! ¡Trabajarás!, tu celo parecerá muerto, pero ¡cuántos vivirán gracias a ti!»⁵

«Una señorita de la alta sociedad de Lima me ayudó eficazmente en la propaganda misional. Conseguimos un magnífico salón y ella se lanzó a la propaganda. Pero por falta de tiempo, a la hora señalada sólo había doce personas. Al día siguiente, vino ella a verme. “Supongo que no tendré que consolarla por lo de anoche”, le pregunté. “No, Padre”, me respondió. “Cada día paso dos horas con Dios y pienso mucho en la grandeza del Ser Infinito, y siento que en su comparación todos los hombres somos como un granito de arena. Pues bien, al aceptar su propaganda, lo hice por agradar al Padre Dios, que se alegra al ver felices a sus hijos, y las charlas de Ud. ayudarán a eso. Así que el Ser Infinito me sonrío. Gané, pues, el millón. Los granitos de arena, es decir, los hombres, no me hicieron caso. Perdí un centavo. El que gana el millón y pierde el centavo, ¿podrá estar triste?”.

¡Qué respuesta tan sublime y tan apta para volvernos a la realidad y quitar importancia a los fracasos humanos si procedimos con buena voluntad!»⁶

De aquí viene aquella *libertad de espíritu y suprema independencia* que tanto ponderan y estiman los santos. Soy independiente de todos y de todo, nada me ata, nada me produce felicidad como para atraerme ni tristeza como para huir; en cuanto me es posible, me hago independiente como Dios, en tanto y en cuanto me uno únicamente a su voluntad.

Finalmente, emana de ahí una *luz interior* clarísima que incluso en lo natural hace conocer las cosas con gran transparencia; y una *paz indeficiente* que es la verdadera felicidad de esta vida.

Ya tenemos aquél *unum necessarium* que enseñó Jesucristo a Marta. Veamos ahora como este *unum* se halla *a los pies de Jesús* con santa Magdalena.

... Ave María y adelante

⁵ A. HURTADO CRUCHAGA (S.J.), *Un disparo a la eternidad: retiros espirituales predicados por el Padre Alberto Hurtado*, ed. S. FERNÁNDEZ EYZAGUIRRE, Ed. Univ. Católica de Chile, Santiago de Chile 2004³, 318-319.

⁶ NARCISO IRALA, *Control cerebral y emocional*, cap. 7.